

Cruz y raya en los libros

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

LEMAITRE, EDUARDO. *Rafael Reyes. Biografía de un gran colombiano*. Bogotá, Espiral, Colombia. Tercera edición, 1967. 394 páginas.

*“¡Ponme sobre un yunque, oh Dios!
¡Golpéame y fórjame con una palanca de hierro!”.*

CARL SANBURG

Con el fin de desintoxicarme de la atmósfera del “alto nivel”, los “atracos”, las “aglomeraciones de los buses”, de la rebeldía fullera que imita a tontas y a locas a los “beatniks excéntricos” —“los locos de toda generación”— de la “estética chimpancé”, del “esplendor —como afirmaba don Lorenzo Marroquín— fugaz de la política” y, en general, de las costumbres implícitas y explícitas en las locuciones “papi” y “mami” suelo a menudo abandonar a mi ciudad, Bogotá, e ir al campo. Lo cual, por otra parte, equivale a escrutar una de las formas necesarias de afianzamiento colombiano en el presente y de su permanencia en el porvenir. Pero para que el lector, no obstante lo dicho, se entere bien de lo que esta profilaxis significa para mí, esto es, para el escritor que rigurosamente busco ser, basta con advertirle que yo suscribiría —con infinita modestia, eso sí— un pensamiento hace muchos siglos expresado, por quien fue injustamente condenado por *asebeia*. “El sitio y los árboles, confesó, nada me enseñan, sino los hombres en la ciudad”. ¡Gran verdad para estos tiempos colombianos!, ¿no es cierto? Y conste que él comprendió que una dosis de anti-civilización asegura la vitalidad del hombre. Ni tampoco puede tener sentido esta cura de campo mía, o mejor aún, de gentes sencillas que acarician el dolor con humilde ternura (1), si se le interpreta como miedo al peligro innovador. Porque vivir, y sobre todo vivir en sociedad, significa cosa bastante distinta de lo que sería eliminar la milenaria querrela entre lo viejo y lo nuevo, la decadencia del anciano y la existencia juvenil, la economía y el espíritu, y, en fin, entre los prados de Anacreonte y las “habitaciones de renta” de Garnier. Es más: sin duda la historia del hombre ha sido el recuento de esa lucha. Todo, inclusive de lo que en él va adscrito a su naturaleza biológica. Esta puede ser un motivo de angustia terrible, pero resulta, a la vez, inexorablemente estimulante.

Decía, pues, que para liberarme de los desplantes de la ciudad tentacular voy al campo. Allí, en medio de la trocha desamparada y polvorienta, o hablando con uno de esos de nuestros campesinos de estampa adusta y palabra tendida en el surco, o recorriendo cualquiera de nuestros pueblos, donde solo palpita una campana arrebujaada entre unas cuantas piedras ocres, aunque arriba, arriba, se mesa bajo un cielo purísimo un águila de alas descarnadas y augurales, allí cambia nuestra manera de atender, de pensar, de percibir, de imaginar, de recordar y, si se quiere, de echar globos al aire: a este aire infinito moteado con el fulgor de las ascuas hambrientas. Y el *progreso*, aun en este desapasible 1967, tiene algo de un Hippofos insólito que va aplastando la madrugada de los siglos. En verdad, el campo no es una sucesión, casi erótica, que derrama sátiros por trochas y sementeras, de valles sumamente feraces y de montañas sumamente calcinadas erectas, como los que en este momento comienzo a recorrer, sino un estado de alma. “Dios mío, he aquí la vida, / dulce y en paz”, tuvo que escribirlo en su campiña gala Paúl Verlaine. Así, el campo, *nuestro* campo es, ni más ni menos, tradición, pasado, memoria de la raza; o sea el tener el pueblo colombiano que irse haciendo y *deshaciendo* sobre unas creencias que, hilvanándose en sementeras y pastizales, en callejuelas desiertas e iglesias plantadas como para prolongar la eternidad, vienen del ayer. Y, lógicamente, hacia él regresan.

¿Es acertada esta interpretación del campo? Pero ante todo, ¿tiene alguna validez en la historia de Colombia? ¿Podremos mirar al campo tan de cerca que oprimiendo su auténtica realidad nos descubra qué fue y, al mismo tiempo, qué es? ¿Podremos entender que así como existieron en nuestro pasado una técnica, una moral, una política, una intelectualidad, un espíritu, una religiosidad, un individualismo campesino, actualmente todavía existen? Y que si aún existen, ¿cuántos de ellos nos será conveniente tomar y en qué medida se le podrá reformar? Nuestro campo, ¡esa realidad abscóndita, inasequible y remota! Ó como quien dice, el gran proscrito en la actual unidad espiritual de Colombia. Pues bien; yo siempre llevo, en mis “viajes sentimentales” por las veredas del país, en roce continuo de “toma y daca, de influjo y recepción”, un libro, y en esta ocasión es *Rafael Reyes, biografía de un gran colombiano*, por Eduardo Lemaitre. El viene libérrimamente a darme la razón —por lo menos, en las horas acerbadas del pasado. Porque el siglo XIX nacional fue también de crisis campesina. Solo que de rasgo opuesto a la contemporánea: un siglo de gigante, solemne y dramática exacerbación rural. Asomémonos, por tanto, a sus páginas buscando sus ingredientes recónditos, invisibles. O lo que es igual, asomémonos evitando, por más que me halle ante una genuflexa llama de trigales —“extendida como una amante”— el bosquejo impresionista y el anhelo de que el ayer retorne; ¡él, el que no vuelve jamás!... Pero asomémonos *sine querela*, “sin querella”, toda vez que su personaje —¡y qué personaje!— se llama Rafael Reyes. Es decir, aquel “dictador” que, por haber sido implacable, dio un gran empellón de bienestar a “una república sensiblera como Colombia”.

Abro por primera vez este sí valiosísimo libro colombiano en la inmensa plaza de la Villa de Leiva, cuyo ademán alucinado de fluída soledad y de profunda continuidad estética nos hace beber, en medio de lejanos pa-

redones vestidos de un blanco alanceante, no solo trozos trémulos de historia colonial y republicana, sino lo que es actualmente el campo colombiano en su sentido más adusto y rampante. Miro, diríase que por encima de las bardas de *mi* libro, un cielo absorto, indeleble, siempre centenario como esos tejados, como esos soportales y como aquella *joven* mujer —una silueta difusa, de colores toda, bajo la brasa sin mancha de la mañana— que ahora, tras cerrar un portón patinado de velones y penumbras comienza a cruzar la plaza no saliendo nunca de ella. Allá, muy allá, lenta y rápida, viene, va..., ¡más lejos, más hundida en el galope de la luz! Porque, pongámonos de acuerdo: ¿qué cosa es la vida en el campo? ¿Acaso no significa, pese a las sombrías jornadas sin descanso, o al hacer de la existencia un yunque miserable, lo elemental, lo apasiblemente humano, lo que hay de profunda comunidad entre todos los seres, lo que es un modo de ser quieto y definitivo? Mas yo, sustancial peregrino de paisajes y de almas, vuelvo al libro, y leo: “Había nacido Rafael Reyes por allá en 1849 en una pequeña pero fecunda población de Boyacá”.

De este modo principio a sumergirme, más allá de la frialdad, del esquema o de la idea, en un par de realidades igualmente campesinas. Pues ahí están piel contra piel la historia narrada por Lemaitre y este vaivén de paisajes y de costumbres aldeanas. Y por eso a medida que me interno en los pueblecitos boyacenses —Sáchica, Cucaita, Sora, Samacá, Sutamarichán, Ráquira, Tinjacá, Arcabuco, Tuta, Tópaga, Pueblviejo, Monguí, Iza...: ¡oh, noble pobreza campesina que llora lágrimas para purificar el aire del crepúsculo!—, y en sus veredas y caminos, hechos como para rescatar del polvo el cielo, mi lectura a salto de mata de este libro me acerca a una conclusión definitiva. No será posible entenderlo, me digo en efecto, si al lector se le escapa el hecho de que el siglo XIX colombiano, fue un siglo eminentemente, exageradamente campesino. Entonces a uno no le queda otro remedio que levantar las esclusas del pensamiento y dejar que fluya, derramándose plenamente, aquella idea. Y, ciertamente, Rafael Reyes, un boyacense eximio, unido por innúmeras venas y raíces sutiles a la tierra nutricia, a estos montes y a estas laderas encendidas ahora en un oro en oblación, quiso acabar, en medio de la loca carrera de las guerras civiles, con nada menos que con el siglo XIX colombiano. He aquí por qué, pienso caminando a través de un zaguán de históricas memorias herido, su drama consistió en irse separando, independizándose de una nación campesina, rescatándose de los demás, quedándose solo en una palabra, en su verdad de hombre incomunicante. Se trata de un colombiano que comprendió que en el exceso de campo, como hoy —digo yo— en el de ciudad, el país solo podía adquirir la experiencia de su evaporación. Con su desdén y su astucia, “como dos riendas invisibles”, se destacó —sigo pensando, mientras afuera el viento afila un grupo de olivos manchados de quemantes oraciones— dentro de un panorama de Aquiles y Ajax criollos, demasiado cautivos —¡ellos, los señores feudales!— en la sangre de la tierra profunda y desolada. Y...

Continuó por tierras boyacenses. El vaho del camino me trae olores temblorosos de dulzuras infantiles, y yo, frente a sus mangas y a sus nubes y a sus arboledas, no hago sino mirar —*di lassu remote*: “esperándolos de lo alto”. Llego a un inútil puebluco de portones y silencios ondu-

lados: veo apenas unos cárdenos barrancos regados de la mansedumbre con que los humildes llaman a Dios desde las estrellas. Es un caserío de calles leprosas, de una lepra seca y desmoronada, que seguramente a la hora del Angelus ponen, si cabe, más tristes y amorosas a las “muchachas domin-gueras”. Y, sin embargo, su silueta tan ruda, tan doliente y cargada de imposibles transfiguraciones, y al fin y al cabo tan bella apenas se deja humillar por el firmamento. He llegado a la cima donde el Señor ilumina las hogueras con sus rebaños celestiales. ¿Vienes, puebluco —no se bien si me pregunto o le pregunto, contemplando sus casas casi ciegas, de aleros salpicados de gotas vivas, vivas de rosas y de sueños— de otros mundos? ¿Qué es la luz que oreas sobre el alma dormida de tus piedras? Pero solo oigo el silencio de dos o tres callejas. Escuchadlo, porque sube a El en volutas santas. ¡Silencio blanco! ¡Silencio! ¿Quién será la que aquí le hizo madeja de incensarios? Voy, en verdad, no como el poeta camino de la tarde, sino deshilvanando, en los labios del secreto provinciano, al tiempo. Y en esta encrucijada de tormentas y espectros mudos vuelvo —¿por qué, sí, por qué acá?— al libro de Lemaitre. “Surgieron —releo recordando la pasión del código, la espada y el llanto de nuestro siglo XIX, al pie de un vugambil que ensangrienta una “puerta de golpe”— primero los pensadores, los ideólogos, bajo cuyo impulso, puramente teórico, se había creado una nación casi de entelequia”.

Hubo una Colombia trepada en el horizonte, olorosa a sauce y a manto de rocíos que, como los presidentes Caro y Suárez, no quiso siquiera mirarse en las aguas del río de La Magdalena. Fue la romántica república medieval hija de los valles, los picachos y las flores, los versos y las campanas que rezumaron lágrimas y cruces rústicas. ¡Qué fuego viertes con tu rueca de hierros y de vientos, oh puebluco callado y sombrío! Al borde de sus últimas tapias me hallo embebido, cuando de pronto y sin saber bien de donde brotó un campesino pasa saludándome: “*Dios le lleve con bien, sumercé*”. ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo contestarle con esta lengua mía ultrajada de atropellos en las calles bogotanas? Doliente y confuso, le contemplo alejarse, alejarse “todo de estrellas derretido”. Luego, únicamente desfila ante mí la extensión innumerable, de cierto sostenida por invisibles burbujas de sangre humana. ¡Unas hojas secas vuelan muy lejos, grávidas del polen triste de las eternas ilusiones! ¡Una sementera llena de cielo avienta con sus brazos un arroyo de esperanzas, bajo el asombro de la ardiente zarza cenital! Pero una vez más, bajando por un cerro carcomido por el polvo de antiguas convulsiones, busco mi recuerdo del libro; le advino, aparte el pensamiento aprisionado, esta vez, con redes hechas de caminos salmodiantes. Estoy seguro de que leo: “Finalmente viene [contra Reyes] la guerra de alfilerazos, la batalla de las pequeñas y diminutas zancadillas aviesas”.

Me sobrecoge una emoción como de noche crispada. ¿A dónde iremos los colombianos que no descubramos a unos hombres frustrando la obra de otros? ¡Humano, demasiado humano! Y, sin embargo... Somos un poco semejantes a esos montes que se derrumban, ásperos, irritados, sobre estos valles lentos y largos. Ahora, y después de haber caminado sobre senderos entrelazados con la carne, la piedra y la espiga campesinas, regreso franqueando nuevamente los olivares que, cual los de Rusiñol, se retuercen

para dar aceitunas. Vuelvo a mi ciudad y a mi hoguera humana y a mi jauría de cemento: por un campo sabanero recortado aquí y allá por urbanizaciones disfrazadas de paraíso perdido. Con transparencia de aceite derramado, Bogotá, a esta hora de la madrugada, rebasa todo horizonte. Huele a lluvia remansada, a neón, a sonido y a asfalto. Sobre este olor resbala su pupila turbia un trabajador que ahora regresa a su hogar, "perseguido por la sombra del último descanso". Ya, tal vez, aquel campesino que trepado en su jamelgo cabizbajo me encontré en las alturas boyacenses —y quien acaso se llame Baltasar, como mi padre— inició su combate de trino, callo, rosa, azadón y lucero. Y yo, hijo de la ciudad torva y pujante, que se estremece sobre un abismo de monedas, quisiera plantar en ellos el vértice de mi corazón, pero el alcance de mis palabras resquebrajándose como espumas solo alcanza a gritarles mi silencio: "Ay del escritor que en un cierto momento no siente asco de su oficio" (3).

NOTAS

(1) Ojalá no ofenda la noble sencillez de Antonio Pérez Vargas, pintor y personero enamorado de la Villa de Leiva. Pero estas gentes que evoco tienen mucho de lo que él es: gentes que viven su realidad de ser grandes en la comarca tranquila. A él, quien bien sabe que "las cosas son diferencias que nosotros ponemos", dedico este ensayo.

(2) Dicho muy al margen, porque no deseo lastrar mi evocación con economías o sociologías, o con catalepsias y sonambulismos con que la ciencia natural intenta explicarlo todo, bien se que el "sector agrario" es el "sector deprimido". La pobreza y a veces hasta la dejadez del campesino, como fenómenos económico e higiénico, no tiene límites. Por ningún motivo, pues, me refiero a ellas. Hablo de la pobreza que radica en vivir la vida más allá del hartazgo de cosas. Por ello estoy seguro de que existen valores rurales que debemos respetar y, lo cual resulta mejor, que al hombre de la ciudad le pueden resultar en extremo útiles. Precisamente por el contrapunto. Lo otro, el llevar los vicios de la ciudad al campo, creyendo que con ello se reforma la estructura agraria, me parece sencillamente estúpido. Y por eso también, como el lector lo observará, del campo colombiano de hoy me limité únicamente a resaltar —con imágenes— sus nobles cualidades, aunque ahora se tengan como defectos. Que otros, mucho mejores, lleven la estadística de las papas y, en el caso extremo, que pavimenten el lecho de las quebradas colombianas —como deseaba cierto amigo economista. Hay, por lo demás, un dolor que duele y otro que no duele. Como decía Nariño, "Mata, está haciendo gestos porque le duele el dolor". Y el que no duele es el que en realidad se siente. ¿Estamos?

(3) Obviamente del libro de Lemaitre únicamente ofrezco su figura o dintorno, es decir, algo que en rigor no es ya el libro mismo. Para serlo, faltaría —por lo menos— un análisis hecho desde la Regeneración hasta el 9 de abril de 1948. Y todo cuanto zurció la vida de Reyes. Pero en la forma como lo he venido haciendo aquí: o sea tratando de escribir parejamente con el autor. Sin embargo, ahora eludo este método y recurro a pensar en imágenes. Lo cual me lleva una vez más a fijar un punto de vista. Como lo ha dicho Abel Naranjo Villegas, el colombiano intelectual —y con él el escritor— piensa en imágenes. He ahí algo gravísimo cuando se *legitimize*, considerando cualquier caso opuesto *bastardía*. Más claro está que un "viaje sentimental" solo se puede describir con imágenes. Por eso el trabajo que acaba de conocer, lector, lo hice más o menos así. En la plaza de la Villa de Leiva compré un cuaderno escolar e *in albis* dejé de meditar, de escrutarme. Porque "meditar es un progreso hacia sí mismo".